

Entrevista a Xabier Agirre

Realizada por Pedro Ibarra

Xabier Agirre Aranburu (Donostia, 1966), participó por primera vez en acciones antimilitaristas en 1983 y se presentó como insumiso a comienzos de 1989. Entre 1992 y 1996 trabajó en diversos periodos en tareas de ayuda humanitaria en la antigua Yugoslavia con la ONG SOS Balkanes, en cuya fundación participó. En 1997 se incorporó a la Fiscalía del Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia de Naciones Unidas (La Haya, Holanda) donde trabaja en la actualidad. Ha publicado, entre otras cosas, el libro *Yugoslavia y los ejércitos: la legitimidad militar en tiempos de genocidio* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 1997), y es co-autor de *Objeción e Insumisión: claves ideológicas y sociales* (Fundamentos, Madrid, 1991) y *La Insumisión. Un ciclo histórico de desobediencia civil* (Tecnos, Madrid, 1998) y son numerosas sus colaboraciones en publicaciones antimilitaristas. Las opiniones que aquí se expresan son a título individual; no representa al TPIY ni a Naciones Unidas, y sus opiniones no representan necesariamente las posiciones de estas instituciones.

¿Han afectado las guerras balcánicas a tus ideas antimilitaristas? ¿Qué piensas de su impacto sobre el pacifismo?

Xabier Agirre.- *En el plano personal, mis ideas son básicamente las mismas, sólo algo más informadas, ilustradas por la experiencia. No creo en ía gente que describe su experiencia personal en los Balcanes u otras regiones en guerra como una especie de viaje iniciático, un descenso al «corazón de las tinieblas» como en la novela de Conrad. El sentido de tales relatos (tipo que descubre el horror de la condición humana en una guerra lejana), es por una parte, localizar el mal en un lugar remoto, exótico, ajeno a nuestro entorno, y por otra, instituir la figura de experto o iniciado que tiene un conocimiento privilegiado sobre el resto de los mortales. Considero ambas ideas típicamente reaccionarias y, desde luego, esenciales para el discurso colonial o neo-colonial. Las «tinieblas» están presentes en nuestras calles, en nuestra vida diaria, y es lo propio del luchador social descubrirlas y ser consciente de ellas más allá de la moda mediática o la urgencia coyuntural.*

Más bien pienso que, como dice un viejo refrán castellano, «el que tonto va a la guerra, tonto vuelve de ella». La guerra como experiencia es un gran e intenso cajón de sastrería en el que cada cual puede encontrar lo que le parezca, según lo que esté buscando. En mi opinión, lo más patente es el sufrimiento profundo y omnipresente, un dolor incommunicable, demasiado triste como para hacer ninguna concesión a las ideas e intereses que lo causaron. El paisaje después de la batalla es tan desolador, que obliga a la reflexión radical sobre sus causas a cualquier persona decente.

La pose de quienes dicen haber cambiado sus convicciones pacifistas o haber «re-descubierto el ejército español» por «lo que han visto en Bosnia», francamente, me parece una bobada.

Lo cierto es que varios años mas tarde, en noviembre de 1999, finalmente Naciones Unidas ha hecho público un informe reconociendo expresamente lo que resultaba evidente desde hace tiempo: que su «misión de paz» en Bosnia fue un fracaso completo.

Son unas 150 páginas firmadas por el Secretario General, se centran en el genocidio de Srebrenica, y cualquiera lo puede leer en un sitio de la ONU en internet (<http://www.un.org/Vnews/oss/srebrenica.htm>). Se dicen cosas como que «fracasamos en hacer nuestra parte para salvar a la población de Srebrenica de la campaña serbia de asesinatos en masa» y «la tragedia de Srebrenica nos perseguirá para siempre» (párrafo 503). A la vista de lo ocurrido, se plantea si no hubiera sido mejor «no haber creado esperanzas y expectativas» en los bosnios, y «no haber impedido cualquier medio que hubieran podido agenciarse para su propia defensa» (párrafo 504).

El tema del pacifista renegado tras ver de cerca una guerra, es la parábola del hijo pródigo versión militar. Al hijo pródigo el patriarca le habla de recibir con honores y prebendas; en la Biblia asaban un cordero, en nuestros días igual te sale un trabajito.

Mas allá de esta cuestión, nuestra postura ante las respuestas militares estatales, la guerra en Bosnia provocó fuertes contradicciones internas al movimiento antimilitarista, y por lo que a mí me tocó, al MOC en particular, a partir de 1992. En aquella época, en un contexto de genocidio y abandono internacional, mi postura era primar la solidaridad con las víctimas sobre la integridad de nuestro discurso antimilitarista. En última instancia este enfoque de solidaridad me llevó, junto a otra mucha gente, a apoyar la resistencia armada por parte bosnia. El hacer pública esta postura, siendo miembro conocido del MOC, dio lugar a reacciones duras, llegando hasta lo agresivo en lo personal. En algunas reuniones se alcanzaron niveles de agresividad inauditas, desconocidas en la historia reciente del movimiento. Esta postura ciertamente resultaba provocadora, pero la provocación venía de la realidad misma, por la gravedad de las masacres neo-fascistas en Bosnia, y por la circunstancia añadida de que la sociedad bosnia había mantenido una posición esencialmente pacífica ante las fuerzas agresoras.

Estos debates internos fueron francamente descorazonadores, muy amargos. En mi opinión el movimiento (pienso principalmente en el MOC, pero no conozco ningún grupo antimilitarista que llevara mejor este terna) no mostró suficiente madurez para abordar esta cuestión, que se podía haber resuelto de manera relativamente sencilla con un poco más de diálogo y respeto por nuestras ideas y experiencias diversas.

El asunto de las intervenciones humanitarias, cómo lo ves,* cómo establecer un pensamiento y una equivalente estrategia que supere las contradicciones de este embrollado asunto ¿O son contradicciones insalvables? ¿Qué deberían hacer (y qué han hecho) los movimientos antimilitaristas para evitar este maldito dilema?

X. A.- *El «maldito dilema» al que te refieres no es exclusivo ni característico de las llamadas misiones de paz. Es el dilema elemental sobre cómo responder a una agresión violenta desde la no-violencia, que se puede plantear en la vida cotidiana, en la vida política colectiva, o en la arena internacional.*

Lamento tener que decir que no hay respuestas perfectas, inapelables, para esta cuestión en el terreno de lo social. Más aun, creo que hay que desconfiar de las respuestas perfectas, absolutas, en el debate social, síntoma habitual de autoritarismo, o de ignorancia.

En el terreno individual se puede concebir un compromiso de rechazo absoluto de la violencia, que conduce a posturas religiosas o cuasi-religiosas. Tal es el ejemplo de los grupos religiosos anabaptistas (amish, cuáqueros, menonitas, etc.), pioneros históricos de la objeción de conciencia. Merecen todo mi respeto, creo que siempre hay algo que aprender de ellos. Sin embargo, permíteme recordar que históricamente se han desarrollado en Estados Unidos tras escapar de olas de violencia en Europa, es decir, mientras la gente que quedó tras ellos era machacada por los tiranos europeos de turno. ¿Es esto lo que queremos, huir a una tierra de salvación ideológica abandonando las sociedades realmente existentes?

Sólo hay, por una parte, una serie de principios para la acción, y por otra, una gran cantidad de información por explotar.

Los principios de la no-violencia, son conocidos. Se trata básicamente de una propuesta humanista y democrática radical, una apelación radical a nuestra responsabilidad como individuos libres y nuestra sensibilidad ante el sufrimiento de nuestros iguales.

La información requiere un esfuerzo y estudio especial en cuestiones internacionales, más que en cuestiones domésticas, donde las cosas pueden ser relativamente más fáciles de conocer y explicar.

Con el ejemplo yugoslavo ha habido información suficiente para mostrar que el discurso de la intervención humanitaria es falso incluso en sus propios términos; las «fuerzas de paz» sencillamente no protegieron a la población agredida, o lo hicieron de manera marginal. Así ocurrió en Bosnia entre 1992 y 1995, con las masacres de Srebrenica como colofón.

Más allá de casos tan chirriantes, pueden darse otros en que efectivamente la intervención militar mal que bien sirve de alguna ayuda. Esto puede argumentarse con respecto al «endurecimiento» de la intervención militar en la antigua Yugoslavia a partir precisamente de Srebrenica y otros factores en el verano de 1995: los bombardeos de la OTAN y la ofensiva sobre el terreno contra las fuerzas serbias condujeron efectivamente al fin de la guerra en Bosnia (así como a la intervención en Kosovo cuatro años más tarde).

La información comparativa brinda un primer argumento claro: generalmente el discurso de la «intervención humanitaria» no aguanta un mínimo contraste comparativo. La protección de los kurdos en Irak y su abandono en Turquía es un ejemplo claro. O como decía recientemente Edward Said, «lo de Palestina en 1948 fue como Kosovo, pero sin CNN» (para más inri Israel alojó refugiados albaneses en asentamientos de los territorios ocupados y envió una unidad médica militar al terreno, con su séquito mediático),

La información histórica suele dejar claro que había alternativas a los medios militares, a diferentes niveles y en diferentes momentos. Estas oportunidades perdidas han de dejar clara la necesidad de la prevención, como forma más barata y eficaz de intervención. La prevención en realidad puede ser un concepto muy general, en el que caben desde medidas superficiales diplomáticas, hasta líneas radicales de oposición a

los preparativos de la guerra, a las estrategias de provocación bélica tan fácilmente predecibles.

Hablando de información histórica, me parece necesario desarrollar a nuestro nivel líneas de historiografía antimilitarista, lo que llaman «peace history», para impugnar la historia oficial, que tiene un poder ideológico tan nefasto en temas como la segunda guerra mundial y otros tantos de idealización de la violencia.

En última instancia, creo que el movimiento antimilitarista tiene que tener clara cuál es su tarea, no puede dedicarse ni pretender tener respuestas para todo. Debemos reconciliarnos con el caos social realmente existente, y hacer lo que buenamente se pueda desde nuestra firmeza ética e ideológica. Veo la tarea específica del antimilitarismo en actuar como conciencia crítica ante la guerra y los sistemas de poder y explotación orquestados en torno a ella, y la intransigencia ante toda actuación y discurso militar como la manera más efectiva de hacerlo.

¿Cómo es posible una estrategia movilizadora antimilitar frente a unos ejércitos internacionales que se presentan como salvadores de la humanidad doliente y que - se nos dice- parecen haber renunciado a la represión interior?

X. A.- *Hombre, los ejércitos siempre se han presentado como «salvadores», esto no tiene nada de nuevo. La dimensión internacional tampoco es realmente nueva, ahí tienes a Franco, un tipo bastante cosmopolita y multi-cultural, con guardia mora, capellanes romanos, aviación alemana, y padrinos americanos.*

La represión interior directa, física, es sólo la expresión más extrema del militarismo. Cuestión esencial y previa a la represión, es la función de estructuración, de ordenación social que cumple la guerra y su institucionalización en el ejército. «Las guerras hacen Estados, y los Estados hacen guerras» que dice Charles Tilly. En lo ideológico, la guerra promueve la identidad nacional y otras ideas autoritarias que los hombres de Estado necesitan proyectar sobre sus ciudadanos. En lo social, la guerra favorece la acumulación de capital y medios de coerción en élites de difícil o nulo control democrático. Por eso la cuestión de si la represión física es asumida por el ejército o por la policía es secundaria; lo que nos interesa es cómo cuestionar el paradigma militar con todas sus implicaciones económicas, ideológicas y sociales.

Especial reflexión sobre los 10 años de insumisión ¿Y qué me dices del movimiento?

X.A.- *Mira, mi hijo Marcel nació el pasado 15 de junio, y no tendrá que hacer la mili. Los que hicieron la mili dan la paliza a sus hijos con las batallitas patéticas del cuartel. Los prestacionistas no quiero ni pensar lo que les cuentan. ¿Qué contaremos los insumisos a nuestros hijos? No serán historias de humillación y absurdo, del tiempo miserablemente perdido. Serán historias del orgullo, del tiempo ganado en la lucha colectiva, de cuánto aprendimos, y cómo hacernos insumisos nos ayudó a ser lo que hoy somos.*

Creo que el mayor mérito de la insumisión lo tuvo la generación de activistas inmediatamente anterior a la mía, gente que ahora tienen 35-40 años. Ellos fueron los que resolvieron el debate entre prestación e insumisión a partir de 1986, y demostraron que

la opción radical, la insumisión, era la más realista. Sin su solidez ideológica y su experiencia política, habría sido muy difícil que nos lanzáramos a la insumisión.

Ahora, a posteriori, las cosas pueden parecer evidentes, se puede dar por descontado que la insumisión era el resultado necesario de aquella situación. Lo cierto es que las cosas no estaban claras en absoluto. Mucha gente se echó atrás en el último momento por miedo a la cárcel, y otros muchos nos aconsejaron la obediencia a la ley augurándonos el fracaso marginal. Parecía que estábamos rodeados de cobardes y oportunistas, y me temo que así suele ser casi siempre. Recuerdo a veteranos activistas preguntando aún el día antes de presentarse los primeros insumisos, «¿estamos seguros de lo que hacemos, y qué pasa si sale mal y nos comemos un montón de años de talego?». Bueno, decidimos tomar carrerilla, cerrar los ojos y saltar, y salió bastante bien.

Cuál puede ser a largo plazo una estrategia antimilitarista. El movimiento quizás se ha focalizado demasiado en el asunto de la conscripción y en la medida que ésta se supera, le quedan objetivos imprecisos. ¿Qué hacer frente a la profesionalización? ¿Cuál es el futuro del antimilitarismo post-insumiso?

X. A.- *Como ya se ha dicho en otras ocasiones, en mi opinión el futuro del movimiento pasa por una diversificación que cubra los tres pilares básicos de la cosa militar, reclutamiento, economía y doctrina; una re-definición estratégica y organizativa en torno a la reivindicación de la abolición del ejército; una ampliación del componente humano más allá del joven varón radicalizado por el problema que le afecta directamente; mayor trabajo de investigación, información, difusión; mayor integración internacional; los derechos humanos como referente ideológico y especial colaboración con los grupos al efecto; y, desde luego, acostumbrarnos al lenguaje del sentido común, el sentido político por excelencia, superando el mero sermón moralista.^[1]*

Vale lo que dices sobre la globalización, pero en concreto ¿en qué puede ser favorable? ¿los movimientos sociales están respondiendo global mente?

X.A.- *Como proceso la globalización no es otra cosa que la historia centenaria del desarrollo de las comunicaciones y el comercio internacional. Como idea, la globalización se puso de moda después de 1989 en cierto modo porque de algo había que hablar, y la guerra fría se había agotado como tema de conversación académica y periodística.*

Como decía Engels «donde estaba el mercado, está el Estado», y el mercado global está pidiendo instrumentos estatales (políticos, militares, judiciales) igualmente globales. La cuestión es que donde estaba el mercado, además del Estado, está la misma sociedad, incapaz de sustraerse de las fuerzas mercantiles. Este mercado-sociedad global es donde vivimos, nos guste o no. Su negación plena es posible sólo en el terreno retórico o en el monólogo moralista, no en la dinámica social.

Recientemente un general español decía que la sociedad pide al ejército retos «imposibles de compaginar», como participar en intervenciones militares internacionales sin causar «daños colaterales», ni siquiera bajas propias y pedir al tiempo la reducción de gastos militares (El País 11 septiembre 99). Sin embargo, el general no se atrevió a

señalar la solución de tales contradicciones. Por supuesto que hay contradicciones sociales. Pero el general no tiene la respuesta, ni la encontrará en lo que le enseñaron en la escuela militar, como el amor a la patria española y otras cosas peores, y el movimiento sí puede tenerla.

El paradigma global no es en sí mismo mejor o peor que el de los Estados nacionales, y más nos vale sacar ventaja de sus aspectos más positivos y en particular del impulso que da al pensamiento internacionalista, a la fraternidad y sororidad universal, nada más propio del antimilitarismo, partimos con ventaja frente a los generales.

¿No parece que en este caso es la dimensión institucional (la globalización de la Justicia Internacional anticrímenes humanidad) la que se adelanta a la sociedad y no viceversa?

X.A.- Por lo que respecta a la globalización de la justicia, de hecho, más allá de la desiderata humanista, significa una serie de iniciativas jurídicas selectivas desde Estados que cuentan con una visión global determinada por su poder económico y militar global. ¿Cuánto se puede esperar de esto? Hoy por hoy depende en buena medida de la coyuntura política interna e internacional.

Como ha sugerido Charles Tilly, quizá la mejor manera de explicar el funcionamiento de los Estados es considerarlos como una forma de crimen organizado; ofrecen seguridad a cambio de tasas, cuando son ellos mismos los principales causantes de inseguridad, así es exactamente como funciona la mafia.

La violencia masiva, los llamados crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, generalmente no se pueden ejecutar si no es mediante medios estatales: sólo los hombres de Estado tienen los suficientes recursos para concebir un genocidio. A partir de ahí, Estados persiguiendo crímenes de otros Estados parece un poco como aquella película de Fritz Lang, cuando los criminales se ponen de acuerdo para liquidar a «El Asesino de Dusseldorf» simplemente porque sus crímenes provocan demasiado escándalo y presencia policial.

Por otra parte, la visión de que la sociedad va por delante de las instituciones me parece un poco simplista. Ambos sujetos, Estado y sociedad son demasiado complejos como para atribuirles una identidad y una trayectoria definida, y su interacción no hace sino multiplicar esta complejidad. Las cosas sencillamente son más caóticas e inaprehensibles.*

La pregunta no es quién va delante o cuánta delantera llevamos. La verdadera pregunta que no te atreves a formular es «¿somos capaces de vivir sin Estado?». Se me ocurren varias respuestas, pero ninguna me termina de convencer.

[1]Ver "Siete bases para un movimiento antimilitarista post-insumiso", en epílogo de P. Ibarra, R. Ajangiz, R. Sainz y X. Agirre, La Insumisión. Un ciclo histórico de desobediencia civil, Tecnos, Madrid, 1998.

